

LA GLOBALIZACION DE LA SOLIDARIDAD

INTRODUCCION:

Es un gran honor y una alegría poder dirigirme a Ustedes, queridas hermanas y hermanos participantes en la Lección Inaugural del Año Académico 2004 en la Universidad del Istmo.

En esta ocasión tan importante, quiero compartir con ustedes algunas reflexiones en torno al tema de la Globalización de la Solidaridad.

1. UN MUNDO NUEVO

La globalización, de la cual se ha escrito muchísimo, está produciendo sin duda un mundo nuevo.

De ahí que la primera pregunta sea: ¿qué decimos con este término? La globalización es un proceso sumamente complejo. Afecta a todos los niveles de construcción de lo social: nivel económico, socio-político y cultural. No se trata de niveles autónomos e independientes, sino que todos ellos se hallan interconectados y se refuerzan mutuamente dentro del sistema global en el que nacen, al que sirven y que conforman: el capitalismo neoliberal. La globalización actual, aun cuando sus raíces históricas son ya largas (nace con la expansión de la Europa colonial en el siglo XV), se incubó con el desarrollo de las nuevas tecnologías y toma cuerpo con la liberalización del capital transnacional producido a raíz de la desaparición del socialismo de los países del este europeo al comienzo de la década de los noventa.

Para definirla en pocas palabras, se podría decir que son tres los pilares sobre los que se asienta la globalización: *el desarrollo tecnológico, el sistema económico neoliberal como único proyecto global y la expansión de un "pensamiento único"*.

Veamos ahora algo de sus manifestaciones.

Vivimos una época de transformaciones sin precedentes. Los avances tecnológicos se producen, como nunca, a una velocidad vertiginosa. Lo que considerábamos un valor hace tan sólo unos pocos años, ahora nos parece inservible.

Ciertamente, lo que conocemos como globalización comporta riesgos y oportunidades.

Por un lado, vivimos una situación excepcional, privilegiada. Nunca como en nuestros días hemos podido ser tan conscientes de la interrelación entre pueblos y culturas diferentes, gracias a tecnologías como Internet, capaces de conectarnos en segundos con el otro extremo del planeta.

Pero, si contemplamos globalmente nuestro mundo, no puede dejar de llamarnos la atención la falta de cambios realmente importantes para la humanidad.

Continuamos viviendo en un mundo lleno de desigualdades flagrantes y, a pesar de la producción y la riqueza, ésta se encuentra cada vez más concentrada en menos

manos. Se está creando, en realidad, un mundo donde la codicia de unos pocos deja a la mayoría al margen de la historia.

Unas sociedades que mientras viven un progreso tecnológico y unas posibilidades nunca vistas, fabrican y reproducen la exclusión.

En este sentido, pues, la tan vitoreada globalización se nos presenta más como un mito que como una realidad.

Más que en un mundo global, estamos en un mundo que continúa fuertemente dividido entre aquéllos que pueden gozar de las oportunidades que aporta la globalización y aquéllos otros que se quedan al margen.

Un mundo en el cual se desean abrir todas las fronteras a las mercaderías y se ponen infinidad de trabas al movimiento libre de personas de los países del Sur hacia los del Norte, como por desgracia podemos constatar con el blindaje de fronteras que los países ricos se imponen.

El nuevo orden mundial que se nos presenta proviene de la unificación de mercados para facilitar la circulación de dinero y mercancías.

En definitiva, propiamente sólo se han globalizado las lógicas de los mercados financieros. Y el absolutismo de este capital hace estragos.

Podríamos decir que tan sólo los ricos están globalizados: la tecnología los protege al tiempo que los distancia de los pobres, que se mantienen sometidos trabajando para ellos. Porque es necesario para el sistema que siga habiendo pobres en determinados lugares del mundo, y es necesario procurar que no se muevan de lugar para que sigan produciendo miseria barata para los ricos.

La injusticia y la desigualdad son signos distintivos del mundo actual. No estamos caminando hacia un sistema más justo, aunque el *marketing* del pensamiento único así nos lo presente.

La globalización es profundamente selectiva. No ha habido cambios sustanciales en la estructura social.

Las ventajas de la globalización no hacen otra cosa que beneficiar a los de siempre y el reparto de la riqueza también.

El mundo se está globalizando al ritmo y al modo querido por los grandes poderes económicos.

Y en parte está retornando un capitalismo salvaje que la historia ya se había encargado de juzgar con dureza, considerando las condiciones a las que había sometido al proletariado en los siglos XVIII-XIX.

Se van desmantelando así los éxitos históricos del estado del bienestar y aumentando, en consecuencia, las diferencias entre ricos y pobres.

Y si en el siglo XX los estados ganaron protagonismo en el terreno económico, hoy en cambio, su fuerza es cada vez menor.

Desde diversas instancias se nos está recordando la necesidad de poner fin a este escándalo y de dar pasos hacia un modelo sostenible, humanizando la globalización y convirtiéndola en una promesa y un proyecto auténticamente universales.

Es necesario hacer frente a las consecuencias de haber convertido el mundo en un enorme mercado y por esto hay que construir un nuevo mundo; un mundo donde haya lugar para todos los mundos.

Si este fenómeno afecta al mundo entero, en las personas produce diversos impactos y se interioriza de forma diferente según personas, grupos, situaciones.

A algunos, este proceso les resulta apasionante y viven con optimismo el presente, tratando de situarse en el nuevo orden y de hacer rentables todas las oportunidades que les ofrece.

Otros se encuentran desubicados y desconcertados ante un cambio tan rápido y contemplan con recelo este presente que parece revolverlo todo.

Finalmente, hay quien mira con miedo el presente y el futuro y busca seguridades, intentando volver a un pasado que ya no existe, con el peligro constante que esto implica de derivar hacia posiciones fundamentalistas.

La anterior consideración justifica ampliamente que un Congreso de *Cáritas Internationalis* aborde el tema de la globalización desde el único ángulo posible, desde el punto de vista del Evangelio: el de la globalización de la solidaridad.

2. EI DESAFÍO DE GLOBALIZAR LA SOLIDARIDAD.

La solidaridad es una concreción del bien fundamental de la sociabilidad. Surge del descubrimiento de interdependencias con nuestros semejantes y a quienes nos sentimos inclinados a ayudar en sus necesidades por ser personas.

La solidaridad es la contribución al bien común en las interdependencias sociales, de acuerdo con la propia capacidad y las posibilidades reales.

El bien común, en sentido muy general, se refiere al bien personal de todos y cada uno de los miembros de la sociedad. Indica también el conjunto de elementos externos de la vida social que contribuyen al florecimiento o desarrollo humano de las personas y de los grupos de una comunidad.

Como elementos básicos del bien común suelen citarse el respeto a los derechos humanos, un razonable desarrollo y bienestar, estabilidad social y paz en un orden justo.

La solidaridad alcanza al mundo entero, el cual ha venido a ser como una "aldea global": de algún modo, todos dependemos de todos.

Sin embargo, la solidaridad ha de ser ordenada, empezando con las interdependencias más inmediatas. Un directivo empresarial ha de ser solidario, en primer lugar con sus

colaboradores, con los accionistas, con los clientes, los proveedores, y con la comunidad local; y luego con la sociedad en su conjunto.

Ser solidario exige ponerse en lugar del otro para descubrir sus necesidades y esforzarse por satisfacerlas de acuerdo con las posibilidades de cada situación.

Lo más elemental es evitar acciones insolidarias (por ejemplo: la contaminación medioambiental, erosionar la confianza o fomentar la corrupción en los negocios, etc.).

La solidaridad impulsa a dar el máximo servicio posible a cada grupo interdependiente; esforzarse por mantener los puestos de trabajo, realizar inversiones para crear nuevos puestos de trabajo; mejorar la calidad del servicio a clientes y usuarios; ayudar a la comunidad local; mejorar el medio ambiente; contribuir a iniciativas sociales y educativas, etc.

La práctica de la solidaridad ha de respetar la iniciativa, creatividad y sentido de responsabilidad de los demás, sin absorberlos ni privarles de lo que ellos son capaces de hacer. Lo contrario no sería respetuoso con la identidad de las personas -seres racionales y libres- ni favorecería su desarrollo humano. A eso se refiere el principio de subsidiariedad, de gran importancia en la Doctrina Social de la Iglesia.

3. ETICA DE LA SOLIDARIDAD

La solidaridad es una de las categorías ético-teológicas básicas de la vida humana, y más concretamente de la vida social. Es un componente ético imprescindible en la configuración del auténtico modelo de sociedad participativa con equidad.

Por otra parte, la solidaridad va indisolublemente vinculada a los valores fundamentales de la justicia, de la libertad, de la igualdad y de la participación, matizándolos y orientándolos por los derroteros de una ética solidaria.

La solidaridad es un valor y una actitud omnipresentes en toda la vida moral, y más especialmente en la moral social tan necesaria en nuestro mundo.

Por razón de su etimología latina y por razón de su uso inicial, la palabra «solidaridad» tuvo una connotación jurídica: servía para referirse al tipo de obligaciones contraídas *in solidum*.

En la actualidad, el término «solidaridad» ha superado las barreras jurídicas y penetra amplios campos de la realidad humana. Es una expresión detonante que expresa, de modo lingüístico, la condición «sólida» de la realidad humana: los seres humanos formamos una realidad compacta, un bloque, y nos regimos por la ley de la empatía y de la cooperación (frente a la degradación del egoísmo).

La solidaridad expresa la condición ética de la vida humana.

La «regla de oro» de la Caridad, que constituye la norma moral básica, no es más que el desarrollo de la solidaridad: «Lo que quieras que hagan por ti, hazlo también por los demás».

El fundamento de la solidaridad consiste en la realidad de la empatía ética: saber, sentir y asumir la condición humana como un todo en el que se solidariza cada uno de los seres humanos.

Pero si la empatía es la base de la solidaridad, su cúspide es el compartir.

La solidaridad se realiza haciendo que todos los seres humanos participen del conjunto de los bienes disponibles.

Éstos han de ser divididos, repartidos y distribuidos sin excluir a nadie del reparto, sin acaparar unos a costa de la privación de otros, y sin introducir en la distribución medidas discriminatorias.

El compartir humano supone que los bienes son escasos frente a las necesidades que hay que satisfacer. La forma justa de compartir los bienes escasos se rige por la ley de la solidaridad: los bienes son «de» todos y «para» todos. A su vez, la solidaridad culmina en el justo compartir humano.

Desde la conciencia de la empatía hasta la praxis del compartir despliega su amplio significado la categoría ética de la solidaridad. La ética social puede ser entendida como el desarrollo normativo de la solidaridad humana.

4. ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓLOGICAS.

No es el propósito de esta ponencia introductoria ahondar en la Teología, pero sin duda el contenido antropológico de la solidaridad queda enriquecido al situarlo en el horizonte cristiano.

- Nuestro Dios es un Dios «solidario». La afirmación del monoteísmo religioso es al mismo tiempo la opción por el «monoteísmo ético»: frente a las corrientes neopaganas que tratan de justificar la desigualdad humana exhumando el politeísmo grecorromano, el cristianismo opone la fuerza de Dios como garante de la unicidad e igualdad del género humano.
- Dios es, ante todo, defensor del que no tiene valor ante los ojos de los hombres: la solidaridad con el pobre es una de las formas de dar testimonio de que Dios existe.
- Si Dios es solidario, el pueblo que se reúne en torno a él también ha de ser solidario: el pueblo de Dios es un «pueblo solidario», según lo atestigua la revelación tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.
- Para el cristiano existe además una raíz cristológica en la comprensión y en la praxis de la solidaridad humana.

El Concilio Vaticano II expone en el n. 32 de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* una síntesis sobre esta dimensión de la solidaridad humana. El cristiano ve en el «otro» a Cristo: para el creyente, la solidaridad es la comunión en Cristo. Cada bautizado se siente urgido a aumentar continuamente la solidaridad «hasta aquel día en que llegue su consumación y en que los

hombres, salvados por la gracia, como familia amada de Dios y de Cristo hermano, darán a Dios gloria perfecta».

- La conciencia eclesiológica descansa en la justificación teológica y cristológica de la solidaridad.

La pertenencia eclesial hace más radicales su comprensión y sus exigencias. Ésta adquiere un ámbito nuevo: el ámbito de la promesa y de la esperanza. La solidaridad se configura como un bien mesiánico y como un valor del Reino.

Función teológico-moral de la solidaridad.

Hay un pasaje del Nuevo Testamento que de forma admirable expresa la función moral de la categoría ético-teológica de la solidaridad. Es la perícopa de Mt 25, 31-46.

Quando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de Él todas las naciones, y Él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: 'Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí...

La fe cristiana de todos los tiempos ha encontrado en este texto el «lugar» de fundamentación y de explicación para urgir la solidaridad entre los seres humanos.

Desde san Juan Crisóstomo hasta Juan Pablo II, encontramos una especial predilección por este texto.

Para Juan Pablo II, este fragmento aborda algunas cuestiones fundamentales en relación con nuestra fe y comportamiento ético.

Estos campos están estrechamente unidos el uno al otro. Acaso ningún otro pasaje del Evangelio habla de esta relación de forma tan convincente.

El Santo Padre ha hecho una consideración profunda y original sobre la solidaridad en la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* (n. 38-40).

Nos dice que la solidaridad es una «nueva virtud», muy cercana a la «virtud de la caridad» con su base humana propia, que es la interdependencia entre los individuos, los grupos y las naciones, y con su ética peculiar, o sea, introducir el «orden de razón ética» en el realizar y transformar la interdependencia en solidaridad y así evitar las «estructuras de pecado» nacidas con el mal uso de la interdependencia.

El nuevo frente que propone la Encíclica para la Ética Social cristiana puede resumirse en una palabra: **SOLIDARIDAD**. Esta es la categoría-síntesis de la ética social cristiana. La praxis de la solidaridad coincide con el ejercicio del compromiso social cristiano.

5. NUEVO PLANTEAMIENTO

Integrando la exposición de la *Sollicitudo Rei Socialis* (n. 39-49) con enseñanzas precedentes del magisterio eclesiástico y con las aportaciones de la reflexión teológica, quisiera hacer un nuevo planteamiento tanto teórico como práctico de la solidaridad.

- La solidaridad como **pedagogía** para descubrir en el otro un auténtico “prójimo”, un “igual” en el banquete de la vida. La solidaridad nos ayuda a ver al otro -una persona, pueblo o nación- no como un instrumento, sino como un semejante nuestro, una ayuda para hacerlo partícipe, como nosotros, del banquete de la vida.
- La solidaridad como **cauce** de la identidad cristiana en el compromiso social. La praxis de la solidaridad puede ser entendida como la realización del plan de Dios, tanto a nivel individual como a nivel nacional e internacional.

A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones específicamente cristianas de gratuidad, perdón y reconciliación.

La solidaridad del cristiano, apoyada en la justicia y regida por la caridad, eleva el sentido moral hasta la aceptación de algo que parece contrario a las normas de la justicia interhumana: «ceder» de lo propio para enriquecer al otro.

Este es el mensaje que ha querido transmitirnos el Papa Juan Pablo II en la Encíclica *Dives in Misericordia*: sin negar el valor de la justicia, la misericordia lo completa transmitiéndole la sobreabundancia moral de la caridad.

La misericordia es el cauce de la justicia y de la caridad. La solidaridad ético-teológica, a su vez, es el cauce funcional de la misericordia.

En la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, Juan Pablo II sintetiza su pensamiento acuñando el axioma: “LA PAZ COMO FRUTO DE LA SOLIDARIDAD” (n. 39).

La conclusión a que llega el Santo Padre es certera: «El objetivo de la paz, tan deseada por todos, sólo se alcanzará con la realización de la justicia social e internacional, y además con la práctica de las virtudes que favorecen la convivencia y nos enseñan a vivir unidos, para construir juntos, dando y recibiendo, una sociedad nueva y un mundo mejor» (n. 39).

De esta suerte, la causa de la paz se convierte en el fruto de la praxis cristiana de la solidaridad, la cual a su vez es el rostro actual de la caridad.

Todo trabajo solidario puede ser un terreno sagrado en el que se puede encontrar a Dios.

Solidaridad económica

La categoría ético-teológica de la solidaridad tiene aplicación especial en el campo de la ética de la Economía. El magisterio de la Iglesia, sobre todo la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, la Encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI, la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* de Juan Pablo II, así como el documento de la Pontificia

Comisión Justicia y Paz “al servicio de la comunidad humana; una consideración ética de la deuda internacional”, han señalado que los problemas morales del desarrollo económico y de las relaciones entre los países han de orientarse mediante el criterio de la solidaridad

La crisis económica plantea un interrogante básico a la conciencia moral: del modo de afrontarla dependerá que nuestra sociedad sea en los próximos años mucho más solidaria o, por el contrario, todavía más egoísta.

El núcleo de la solución moral a la crisis económica actual implica un componente ético: la reconstrucción, teórica y práctica, de la solidaridad humana.

Este criterio ha de iluminar y orientar a las personas de buena voluntad, y particularmente a los creyentes, para afrontar la situación.

El significado moral de la solidaridad en el campo de la economía se concreta en un conjunto de orientaciones o criterios axiológicos que fundamentan todo el edificio de la moral económica.

Entre las orientaciones generales que recibe la moral económica desde el criterio de la solidaridad podemos señalar las siguientes:

- la comunicación de bienes,
- el destino universal de los bienes y
- la opción preferencial por el pobre.

Algunos problemas concretos también deben plantearse teniendo en cuenta la solidaridad. Destacamos los siguientes:

- el desarrollo económico,
- el nuevo orden económico internacional;
- las relaciones Norte Sur; y
- el problema moral de la deuda externa.

6. RELACIONES ENTRE ETICA, DESARROLLO INTEGRAL Y SOLIDARIDAD.

El que nos encontremos con el término “solidaridad” en muchas propuestas de reforma procedentes de las más diversas instancias y en el mensaje central de la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* de Juan Pablo II no es una simple coincidencia. Significa que todos esos proyectos están impulsados por una preocupación moral y no son solamente cuestiones técnicas.

La Doctrina Social de la Iglesia -como proceso en que se implica toda la comunidad eclesial a través de tres momentos: análisis de la realidad, juicio desde los valores evangélicos y discernimiento para la acción-, ha incorporado desde los años 60 el tema del DESARROLLO como una de las dimensiones claves de la ética social contemporánea.

El Beato Juan XXIII ya denunció la gravedad de las desigualdades entre las distintas regiones del planeta y criticó las políticas antinatalistas con que algunos querían hacerles frente.

Con ello estaba poniendo de relieve la dimensión mundial de la «cuestión social», que hasta entonces había estado demasiado circunscrita a los países industrializados.

Esta nueva óptica se hace presente con fuerza en la constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II: todos los temas tradicionales de la doctrina social (trabajo, propiedad, etc.) pasan a ocupar un segundo plano, mientras que en el primero aparece la categoría ética de «desarrollo» como aquella que debe servir de principio orientador de todo lo demás. El Concilio define el auténtico desarrollo con dos exigencias: que sea integral (que responda, no sólo a las necesidades económicas y materiales, sino también a las culturales, afectivas, éticas y espirituales del ser humano) y que sea solidario (de forma que llegue a todos los hombres y a todos los pueblos).

El enfoque positivo y optimista del Concilio contrasta con la *Encíclica Populorum Progressio* de Pablo VI que, en cierto modo, le sirve de contrapunto.

Concebida como un documento que quiere concretar la doctrina antes apuntada de la *Gaudium et Spes*, se presenta ante la conciencia de la humanidad como una llamada urgente a la acción.

En ella se denuncian los mecanismos comerciales causantes de la explotación de los pueblos menos avanzados, se critica el rígido capitalismo con su afán ilimitado de lucro, se exige una transformación radical y planificada de las economías del Tercer Mundo (para evitar además que terminen encontrando su justificación las alternativas de revolución violenta).

Pero hay dos puntos en los que Pablo VI insiste particularmente:

- la obligación de los países industrializados de ayudar a los más pobres, como compensación por comportamientos injustificables en épocas pasadas y
- la necesidad de construir un orden internacional basado en la justicia, ya que el *desarrollo es el nuevo nombre de la paz*.

En la línea de la *Populorum Progressio* hay que situar el esfuerzo colegial, entre otros, del episcopado latinoamericano en sus cuatro Conferencias Generales, intentando aplicar el Vaticano II a la situación de aquel continente.

Nosotros, los obispos latinoamericanos somos portavoces de la profunda aspiración de nuestros pueblos a la liberación, y vemos en ella la voz de los pobres que los cristianos de todo el continente y del resto del mundo no pueden desatender.

No es sólo una tarea de promoción humana, ni tampoco un reduccionismo del mensaje evangelizador.

Es una dimensión constitutiva de la evangelización, de la misión de la Iglesia que está llamada a ser sacramento de la unión íntima del hombre con Dios y de la unidad del género humano entre sí.

Esta síntesis de liberación humana y salvación cristiana, de promoción y evangelización, es asumida por varios Sínodos de los pontificados de Pablo VI y de Juan Pablo II.

Desde que Juan Pablo II publicó, 20 años después de la *Populorum Progressio* (1967), la *Sollicitudo Rei Socialis*, las cosas, lamentablemente no han evolucionado hacia algo mejor.

Al buscar las causas del escandaloso contraste entre el hiperdesarrollo del Norte y el subdesarrollo del Sur, el Papa señala el enfrentamiento entre los bloques existentes entonces.

Un enfrentamiento que es, multifacético: político, económico, ideológico y militar.

La mutua desconfianza entre los bloques les lleva a buscar continuamente la ampliación del ámbito de sus influencias sometiendo a los pueblos del Sur al dictamen de sus intereses económicos y estratégicos (neoimperialismo).

El afán de ganancia y el ansia de poder, ambos convertidos en los valores supremos y absolutos de nuestra sociedad, son de hecho los criterios de conducta más generalizados y connaturales: regulan tanto las relaciones espontáneas entre los individuos y los grupos, cuanto las relaciones entre las naciones.

A este sistema de valores que tiene la competitividad como su columna vertebral, el Papa Juan Pablo II contrapone un nuevo sistema basado en la solidaridad.

7. UNA PROPUESTA BASADA EN LA SOLIDARIDAD

La injusticia hunde sus raíces en un problema que es de índole espiritual. Por eso su solución requiere una conversión espiritual del corazón de cada uno y una conversión cultural de toda la sociedad mundial.

No alcanzamos a conocer sus causas si nos quedamos en las estructuras económicas o políticas sin ir al núcleo de la vida personal y a las entrañas de lo social.

Como bautizados, todos tenemos la responsabilidad de ser en muchas partes del mundo, sobre todo entre los más desposeídos, las manos y el corazón de Dios.

Nuestro servicio desinteresado, que es fruto del reconocimiento del amor de Dios, es garantía de que la vida, cualquier vida, es valiosa. De allí que el primer camino para globalizar la solidaridad es GLOBALIZAR EL RESPETO POR LA VIDA, e insisto, cualquier vida.

No pueden existir normas de ningún tipo, ni económicas, ni comerciales, ni políticas, ni étnicas, ninguna norma, ninguna ley está por encima del respeto a la persona humana. Si no somos capaces de globalizar, es decir, de extender a todos y por todas partes el firme empeño de superar las diferencias y las guerras a través del diálogo y el respeto, no habremos podido aprovechar las oportunidades que nos da un mundo con mayores medios de comunicación, pero irónicamente con menos comunión.

Pero quiero que nos entendamos bien. Cuando hablamos de compromiso por la vida no lo hacemos desde una mera perspectiva de solidaridad humana, sino inspirados en

Jesucristo Buen Pastor que sufre con los más desposeídos y que nos dice: “dadle vosotros de comer” (Mc 6,37).

La lucha a favor de los derechos humanos que se ha visto muy favorecida con la facilidad de las comunicaciones es una tarea que parece siempre inacabada.

La justicia social cristiana se apoya en Jesucristo liberador que ha roto las ataduras de los que estaban oprimidos por el pecado. Somos continuadores de esta obra de redención desde los ambientes en donde Dios nos ha colocado. No se trata de una respuesta altruista ante el sufrimiento ajeno, se trata de un deber de hermanos.

Es innegable entonces que el segundo elemento a globalizar en nuestro mundo es LA FRATERNIDAD. Fraternidad no entendida simplemente en los parámetros de la revolución francesa que aún y cuando emancipaba de un poder establecido no hacía sino alzar nuevos amos, nuevos dominios.

La fraternidad entre los pueblos, más aún entre las personas, es el camino de la globalización de la solidaridad.

Nunca como en nuestra época compartimos los mismos destinos. La recesión económica mundial que acompañó y en algunos lugares precedió al ataque terrorista del 11 de septiembre en Nueva York, la pandemia del SIDA, o la más reciente del SARS, las guerras civiles en los países más pobres del mundo que reclaman una respuesta de los más poderosos, los efectos de los fenómenos climatológicos como El Niño, las secuelas de la devastación ecológica en diversas zonas del mundo que nos afectan a todos, etc., nos está indicando que es preciso que unamos esfuerzos, esfuerzos de hermanos, para enfrentar juntos las dificultades.

Fraternidad frente a la violencia del mundo para quien existe sólo el enemigo, el adversario.

Tanta violencia y dolor sólo pueden tener una respuesta positiva en la medida en que seamos capaces de llevar al mundo una solidaridad que no se queda ni en palabras ni en papeles, sino en acciones concretas.

Tenemos que globalizar el diálogo. No el diálogo entre sordos, o el diálogo que provoca el asentimiento sometido de los más débiles. Los países y las instituciones financieras internacionales deben mejorar su capacidad de escucha.

En el número 55 de la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, carta magna del tema que nos ocupa para el Continente de la Esperanza, el Santo Padre nos decía que “Con su doctrina social, la Iglesia ofrece una valiosa contribución a la problemática que presenta la actual economía globalizada. Su visión moral en esta materia ‘se apoya en las tres piedras angulares fundamentales de la dignidad humana, la solidaridad y la subsidiariedad’ ” (*Ecclesia in America*, 55).

7. CONCLUSION

Hoy día se impone además la convicción de que las personas no son los únicos sujetos de derechos y obligaciones: también lo son los pueblos. Esto exige llevar a cabo una relectura de los derechos fundamentales para adaptarlos a la naturaleza

específica de los pueblos. En esta línea quiero sugerir, a manera de conclusión, unas pistas de reflexión que les ayuden a las actividades solidarias y de voluntariado en este nuevo año académico:

1) GLOBALIZAR LA SOLIDARIDAD EN EL RESPETO DE LA AUTODETERMINACIÓN DE LOS PUEBLOS.

2) GLOBALIZAR LA SOLIDARIDAD PARA QUE EL USO DE LOS BIENES UNIVERSALES SEA EQUITATIVO.

3) GLOBALIZAR LA SOLIDARIDAD PARA HACER EFECTIVA LA OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES.

4) GLOBALIZAR LA SOLIDARIDAD PARA EL BIEN COMUN.

La persona, reconociendo que sólo Dios puede salvar, pasa de la esclavitud generada por los reclamos del bienestar material al ejercicio de un señorío libre sobre las cosas que le permite disfrutar con agradecimiento de ellas, sabiendo que se encuentran a nuestro servicio.

Entonces se hace posible adoptar por solidaridad y no por masoquismo el criterio de la moderación ante el consumo como actitud necesaria para la construcción de una fraternidad universal que llegue a ser operativa en el campo económico. En una feliz y conocida fórmula: vivir más sencillamente para que otros puedan sencillamente vivir.

El cambio de mentalidad que hace posible la fe, genera también una actitud de la persona ante la naturaleza, en la que la contemplación asombrada de las maravillas de la creación y su cuidado reemplazan a la orientación esquilmadora predominante en la actualidad. Somos jardineros del mundo, no sus saqueadores.

Nadie dice que este cambio de actitudes sea fácil en nuestro contexto cultural. Requerirá, como es lógico, un largo proceso o itinerario personal.

¿Hay posibilidad de salir de este sistema? “Entre todas las contribuciones de la ciencia ecológica, hay un teorema particularmente importante que deberán meditar los beneficiarios de la globalización: cuanto más se unifica un sistema, más frágil se vuelve. Cuanto mayor es la diversidad de un sistema, ese sistema es más estable. Dicho de otra manera: la mundialización unificante a la cual ha conducido la globalización lleva en ella misma sus fracturas y sus crisis”¹.

Por eso, frente a cualquier tipo de derrotismos, creemos que es posible la superación de estas amenazas, y que esa posibilidad está en nosotros, en la responsabilidad libre de todos los seres humanos. El mundo no está resuelto en ninguna parte y, por eso, la posibilidad de lograr mayores cotas de humanización está siempre abierta. Todo depende de nosotros. Ante esta globalización neoliberal que nos atenaza, no queremos ni debemos ser fatalistas ni resignados y por eso pensamos en otro tipo de globalización, lo que algunos llaman **macro-solidaridad**, incorpora múltiples y plurales micro-solidaridades, procedentes de diversas tradiciones, una de las cuales es la tradición cristiana, tradición en la que nos situamos nosotros.

Frente a la situación que acabamos de describir, nadie puede quedarse indiferente, pues todos, de una u otra manera, estamos implicados y afectados por ella. Es necesario que todos, individuos e instituciones, apelemos a nuestra responsabilidad y veamos qué podemos hacer. La indiferencia y la inactividad son manifestaciones de complicidad con la situación de injusticia e inhumanidad reinante en el mundo. En tres frentes complementarios podemos concretizar nuestros esfuerzos:

a) **El universo cultural valorativo.** Reconociendo las aportaciones que en el campo ético trajo consigo la modernidad, no podemos ocultar que la trilogía "libertad, igualdad, fraternidad" necesita ser profundizada y universalizada si queremos que deje de ser un bello *slogan* utilizado interesadamente por los más fuertes y se convierta en un proyecto de auténtica humanización para todos. Nosotros sugerimos dos valores –la solidaridad y la gratuidad- que sería necesario incorporar a la dinámica personal y social, como modo habitual de comportamiento, y que representarían la base de una nueva macroética que haga posible y sea expresión de un mundo más humano.

b) **El Campo de la acción sociopolítica.** Es en este campo donde verdaderamente se juega el futuro de los pobres y excluidos y donde se verifican de manera más clara los valores anteriormente señalados. Por el momento, no parece que sea la pobreza y la desigualdad el tema que más preocupa a los grandes estamentos de poder económico y político (centros financieros, empresas multinacionales y gobiernos de los distintos países), pero sí que va emergiendo una fuerte preocupación por estos problemas en muchos organismos internacionales y, sobre todo, en multitud de colectivos y asociaciones; desde estas plataformas habrá que trabajar para extender esta sensibilidad solidaria a toda la población y, así, poder forzar a los organismos de poder para que transformen sus actuales mecanismos de explotación en nuevos sistemas que favorezcan el desarrollo humano de todos y sean menos depredadores del medio ambiente.

c). **El campo de lo microsocia y la acción solidaria personal.** Es éste también un aspecto muy importante a través del cual canalizar nuestra acción frente a la exclusión. Lo microsocia es el espacio donde se desarrolla o se malogra la identidad de un grupo, su protagonismo en la vida social. Si partimos de que la exclusión, no es sólo carecer de determinados bienes económicos, sino también quedar apartado de los espacios de participación, luchar contra la exclusión exige ver las posibilidades de las personas que padecen esa situación y recrear con ellas y desde ellas (desde sus demandas) contextos organizativos, educativos, culturales y vitales de participación solidaria.

La acción solidaria personal, llevada a cabo desde la proximidad y el acompañamiento, es imprescindible para ayudar a recuperar la autoestima y la identidad perdida en los procesos de empobrecimiento y exclusión. Cuando la pobreza adquiere rasgos de marginación, "sólo la cercanía capaz de crear un clima cálido y acogedor puede rehacer las últimas significaciones, sólo esa presencia golpea la frivolidad ambiental, la mezquina insolidaridad, el consumismo salvaje, el fundamentalismo del dinero. La lógica del don debe ser reivindicada para sanar esa zona del alma que la marginación destruye y fragiliza: es la zona donde se celebran significaciones, se elaboran simbologías, se reciclan energías. Sólo la proximidad, la comunicación y la personalización se muestran como vehículos adecuados. El escenario del don exige el reconocimiento del otro en su diferencia, que de este modo asegura la existencia de la comunidad. La lucha contra la exclusión necesita recrear y reivindicar el espacio del

don caracterizado por la proximidad, la comunicación y la personalización, aquél espacio que se estructura como alianza, se sostiene sobre estrategias cooperativas y tiene su base moral en la gratuidad.

Queridas amigas y amigos: Ha despuntado el alba de la globalización, con su primera guerra, que sin duda ha traído mayor pobreza. Tenemos que seguir insistiendo en la verdad de la paz.

Ahora, por voluntad de algunas personas, ha llegado la muerte. Nada más lamentable. No debe molestarnos sin embargo, la globalización de la economía, la globalización de la política. No deberían molestarnos si antes procedemos con claridad y con valor a poner en vigencia un prerrequisito que cambia el signo de las cosas.

Ese prerrequisito es la “globalización de la solidaridad”.

Si esta globalización no tiene lugar, todas las demás facetas de la globalización nos van a destruir. Globalización económica sin globalización de la solidaridad es el suicidio de los pobres y, por lo tanto, el de la mayoría de la humanidad.

Todavía recuerdo cuando en el Sínodo de América, el Santo Padre perfiló esta idea. Fue clarividente, tenía la capacidad de ver más allá de la historia. Tiene la capacidad de mirar más allá de la historia, cuando ésta le ha demostrado a todos que la globalización sin valores es una globalización sin valor.

No podemos continuar con la ceguera. Estamos marchando no sólo a la globalización de los mercados, lo que significa la concentración de la riqueza, sino a la globalización de la pobreza lo que significa aceptar que, para los pobres, la esperanza fue ajusticiada.

Lo que es moralmente falso no puede ser económicamente correcto. La actual situación del mundo nos llevará a tomar la decisión de destruirnos a nosotros mismos o de recuperar las huellas de las esperanzas ciertas. Esas que crecen al ritmo del Evangelio y van selladas por él.

El Evangelio sigue vigente y lleno de desafíos. Nos dice que es preciso renacer en las aguas del Espíritu, vivir el amor al Señor Jesucristo globalizando la solidaridad y mirar en los ojos del prójimo al Señor que dirá al final en el juicio definitivo “todo lo que hicisteis a uno de estos pobres a mí me lo hicisteis”.

Muchas gracias,

Guatemala, 31 de Enero del 2004, fiesta litúrgica de San Juan Bosco, padre y maestro de la juventud.

OSCAR ANDRES CARDENAL RODRIGUEZ M, S.D.B.

Arzobispo de Tegucigalpa.